

PARIS



París, ‘ciudad luz’, que era ya en tiempos de Juan María una gran urbe, supo de los estudios y de los trámites de nuestro fundador. Amaba su Bretaña, pero sabía que las decisiones importantes se tomaban allí y no tenía empacho en visitarla.

En el siglo XVIII, durante la Siglo de las Luces, París fue uno de los grandes centros del pensamiento europeo. Filósofos, científicos y escritores promovían la razón, el conocimiento y la libertad frente a la ignorancia. Por eso, la “luz” simboliza aquí la claridad de ideas, el avance intelectual y el despertar de la mente. El apodo se consolidó porque París brillaba en todos los sentidos: arte, moda, ciencia, literatura. Era un faro cultural para el mundo.

La revolución intentó llevar a la práctica las ideas de libertad, igualdad y fraternidad: Se derribaron privilegios, se proclamaron derechos, se quiso construir una sociedad más justa. En ese sentido, la luz se volvió acción. Pero al mismo tiempo, esa luz se volvió violenta y contradictoria. El período del Terror, con ejecuciones masivas y persecuciones, mostró cómo una razón sin límites éticos puede oscurecerse.

A pesar de sus excesos, la Revolución Francesa actuó como una especie de explosión: sus ideas cruzaron fronteras, idiomas y generaciones. Los principios de libertad, igualdad y derechos ciudadanos se difundieron por Europa y más allá. Los ejércitos de Napoleón Bonaparte, aunque movidos por intereses políticos y militares, llevaron consigo reformas legales (como la igualdad ante la ley o el fin de privilegios feudales) que dejaron huella en muchos países. En América, esas ideas fueron decisivas. Procesos como la independencia de países latinoamericanos, impulsados por figuras como José de San Martín, bebieron directamente de ese clima intelectual.



JUAN MARÍA EN PARÍS

Juan María estuvo en diferentes momentos de su vida en la ‘ciudad de la luz’: Primero fue para ser ordenado subdiácono. Luego por motivos de salud. Ya sacerdote reconocido recaló en la gran Cancillería por 4 años. Y luego fue muchas veces por trámites para su obra educativa.

Subdiaconado

Después de varios intentos denegados, El 3 de diciembre de 1800, festividad de San Francisco Javier, Juan María pidió nuevamente permiso a su padre y éste finalmente consintió que fuera a París para recibir el subdiaconado. El Fundador siempre atribuyó este cambio de parecer a la intercesión del santo apóstol de las Indias.

Celebramos hoy una fiesta que me es muy querida. Papá no quería que entrase en el estado sacerdotal; el día de San Francisco Javier de 1800, nuevamente le pedí permiso, y me dio su consentimiento para ir a París a recibir el subdiaconado; atribuí este cambio, tanto más imprevisto cuanto las circunstancias eran aún más complicadas, y aún lo sigo atribuyendo, a la intercesión del apóstol de la Indias; y nunca dejaré de darle las gracias. ¡Oh, si tuviera su caridad y su celo! ¡Si conociera como él el precio de un alma! (A Bruté, 3/12/1809)

El 21 de diciembre de 1801, en París, Juan María recibió de manos de Monseñor de Pressigny la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado en la capilla de las Ursulinas. En una carta posterior, Juan María le expresó su inmensa satisfacción por haber sido consagrado por sus manos y su voluntad de seguir siempre sus consejos.

Al despedirme, me dije que no tenía otra manera de agradecerle la bondad con la que me ha honrado y todas las obligaciones que le debo, que mantener durante toda mi vida la firme voluntad de seguir sus consejos y practicar los deberes del estado santo que he abrazado. Es una gran satisfacción para mí haber sido consagrado a él por sus manos, como tanto lo deseaba. Doy gracias a la Divina Providencia por ello, adorándola y bendiciéndola con la felicidad que disfruto. Después de la Providencia, es a usted, Monseñor, a quien se lo debo; jamás lo olvidaré. (A Monseñor de Pressigny, 1801)

Pero antes de ordenarlo, Monseñor de Pressigny lo llevó a la calle Vaugirad, al convento de los Carmelitas, donde las paredes y el piso todavía estaban manchados por la sangre de los mártires de la Revolución, para que comprendiera la gravedad y el honor del compromiso sacerdotal.

El ex obispo de Saint-Maló le habló con mucha franqueza, diciéndole que los asesinos todavía estaban en París, dispuestos a repetir la acción si las circunstancias se lo permitiesen. Juan María no se amilanó y le contestó que estaba dispuesto a derramar su sangre por la fe.



“Ya han llegado. Es la calle Vaugirard. Y se detienen en el convento de los carmelitas. Aquí, hace ahora 9 años, y en otros conventos-prisión, las hordas revolucionarias establecieron un rito de sangre y muerte. Dicen que murieron asesinados millares de personas, y entre ellos unos trescientos sacerdotes. Y el obispo, con la libertad recién estrenada tras un largo exilio, le dispara a bocajarro: ‘Mira bien estas paredes . . . , ¿insistes en querer ser sacerdote?’. Es una de las pocas cosas que Juan María ha podido decirle al Obispo cuando se ha dado a conocer, en medio de los saludos: el objeto de su estancia en París es su decisión de ser sacerdote. ...’He visto en Bretaña a muchos sacerdotes subir al cadalso. Me sentiría feli si, como ellos, tuviera que derramar mi sangre por la fe. (H. Josu, Ojos abiertos a más vida)

San Sulpicio

En 1806 por motivos de salud estuvo con su hermano Féli durante 3 meses en París. Se hospedó en el Seminario de las Misiones extranjeras. Durante este tiempo, estableció una relación profunda con el Seminario de San Sulpicio, especialmente con el P. Emery¹ y el P. Duclaux², quienes influyeron notablemente en su espiritualidad.

Juan María recordaba que Mgr. de Pressigny le había recomendado vivir durante un año en San Sulpicio bajo la dirección del P. Duclaux. No había podido seguir entonces el consejo por reclamar su presencia la apertura del Seminario de Saint-Malo. Pero tenía mucho interés en entrevistarse con el excelente sulpiciano para abrirle su alma y beneficiarse con su saber. Por cierto, no quedó defraudado.

Además asistió a las famosas conferencias del P. Frayssinous. Este sacerdote fue un pionero en la restauración de la fe en Francia y en la defensa del papado frente al galicanismo.

En París entonces se codeó con lo mejor de una iglesia que buscaba la restauración y en cuyo proceso él se insertó, primero como escritor y formador y luego como fundador, director y guía de congregaciones educativas.



En 1809 hará una breve visita al Seminario, junto con su amigo Bruté de Rémur.

San Sulpicio había sido fundado por el P. Olier en el siglo XVII, teniendo como misión la formación de nuevos sacerdotes. La espiritualidad sulpiciano enfatizaba la imitación de Jesucristo y la necesidad de vivir en unión con él, considerado como cabeza de la Iglesia y fuente de toda gracia. Valorizaba la vida interior, la oración contemplativa, la humildad y la abnegación, inspiradas en la vida oculta de Jesús en Nazaret. Los sulpicianos buscaban formar un clero activo, capaz de catequizar y convertir a los fieles, luchando contra la indiferencia religiosa. La renovación de la Iglesia en Francia en gran parte se la debemos a este centro de estudios.

¹ Dirigió el seminario de San Sulpicio desde 1781 hasta su muerte en 1811.

² Fue profesor y director espiritual y luego dirigió el Seminario de San Sulpicio desde 1811 hasta 1826. Fue uno de los responsables de la restauración de la fe en Francia, dedicándose mucho a la formación del clero.

Este Seminario seguía los lineamientos de la conocida Escuela Francesa de Espiritualidad que nació a principios del siglo XVII por iniciativa del cardenal Pierre de Bérulle. A esa corriente se adhirieron san Vicente de Paul, apóstol de la caridad, san Juan Eudes, promotor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y San Luis María Grignon de Montfort, gran difusor de la devoción a María.

Juan María tuvo fuentes muy vivificantes donde beber y supo aprovecharlas muy bien.

La Gran Capellanía de Francia

El 9 de noviembre de 1822 fue nombrado por el rey como Vicario en la Gran Capellanía de París. Este organismo estaba principalmente al servicio religioso de la monarquía, asegurando la vida espiritual de la Corte y las principales manifestaciones públicas de la fe católica en un contexto de restauración posterior a la Revolución. Entre sus funciones estaba el proponer nombres de nuevos obispos. Se dice que fue responsable del nombramiento de al menos 40 obispos. Pero el 20 de marzo de 1824 fue destituido, porque se opuso a los candidatos gubernamentales de Saint-Brieuc y San Maló.



No le pesó dejar sus funciones de Vicario. No se sentía a gusto en la corte, con sus lujos y costumbres. Amaba su sencilla Bretaña, tan pobre pero tan noble.

Por supuesto que aprovechó su estancia allí para informarse, leer, contactarse, lo cual le servirá de mucho en la organización de sus escuelas y, sobre todo, a la hora de enviar Hermanos a las Misiones.

El estar alejado de sus Hermanos no le impidió seguir de cerca su vida. Para la atención cercana dejó a los Hermanos Ignacio y Luis como responsables de la obra. Durante el tiempo que estuvo alejado al menos 10 nuevas escuelas se crearon. El noviciado se instaló en Josselin, unificando los grupos de Auray y de Saint-Brieuc. Al mismo tiempo, fue preparando el lugar definitivo del noviciado que sería en Ploërmel, adonde irán a finales de ese año. Admira la capacidad de organización y decisión de Juan María.

Visitas por trámites

En varias oportunidades Juan María irá a París. Los funcionarios no se la hacían fácil y debía recurrir a su influencia en las altas esferas para poder destrabar los problemas que estos le ocasionaban. No dudaba en quejarse abiertamente cuando algo sucedía. Tuvo mucho contacto con los ministros de instrucción pública y de la Marina, sobre todo a la hora de organizar las misiones en las colonias francesas de ultramar.

Llegué el miércoles pasado a París, y heme aquí de vuelta a Rennes al cabo de ocho días. Ya ves que no pierdo el tiempo. Tuve dos audiencias con el ministro, la primera de las cuales duró dos horas. Obtuve más de lo que pedí; basta decirte que estoy feliz, muy feliz con mi viaje. (Al H. Ambrosio, 23-10-1833)

Hace tres semanas que estoy aquí tratando nuestros asuntos de las Antillas. Hoy me voy a Ploërmel. (Al mismo, 03-05-1842)

He pasado dos horas ayer en el ministerio de la Marina. Esta mañana he pasado allí dos horas y media y he salido muy contento. No obstante, no es más que un comienzo, ya que me quieren comunicar todo el dossier de los asuntos eclesiásticos de las colonias, con el objeto de tener mi opinión sobre las diferentes cuestiones que se discuten en altas esferas. (Al P. Ruault, 14-02-1946)

He aquí las veces que fue a París y el motivo de los viajes:

Agosto de 1814	Acompaña a Monseñor Caffarelli en un viaje por asuntos de la diócesis de Saint-Brieuc.
Octubre de 1817	Trámites para solicitar el envío de los Hermanos de La Salle a su diócesis
Septiembre de 1818	Viaje de gestiones diocesanas
1822-1824	Vicario en la Gran Capellanía de Francia
Marzo de 1827	Viaje para obtener autorizaciones para el noviciado de Ploërmel.
Nov-Dic de 1832	Estancia de un mes invitado por el Ministro de Instrucción Pública (Guizot) para proteger y extender sus establecimientos.
Octubre de 1833	Dos audiencias con el ministro para obtener ayudas financieras para su "Escuela Normal" de Ploërmel.
Sept-oct de 1837	Viaje para firmar el convenio de las misiones a las Antillas con el Almirante Rosamel.
Febr-Marzo de 1840	Llamado por el Ministro de la Marina para charlar sobre las escuelas coloniales y la sustitución de hermanos enfermos.
Junio.julio de 1841	Viaje para arreglar detalles de administración y salarios de los hermanos en las colonias.
Abril-mayo de 1842	Estancia de tres semanas tratando nuevamente asuntos de las Antillas y el conflicto con el Padre Évain
Julio de 1843	Gestiones ante el Ministerio de la Marina sobre los sueldos de los hermanos en Cayenne.
Febr-marzo de 1844	Un mes en la capital para tratar la "restauración completa de la religión en las Colonias".
Abril.mayo de 1845	Negociaciones sobre la casa central de Guadalupe y cambios de ubicación de las escuelas.
Febr-marzo de 1846	Viaje para discutir el envío de hermanos catequistas para los esclavos y la reorganización del clero colonial.
Junio de 1847	Su último viaje administrativo a París antes de su ataque cerebral, negociando la casa central en Martinica y la protección contra inspectores.

Tras su enfermedad en diciembre de 1847, Juan María tuvo que renunciar a estos viajes, delegando en el Hermano Ambrosio los trámites presenciales en los ministerios de la capital.

Viajes por Féli

La relación entre Juan María de la Mennais y su hermano Féli estuvo marcada por un profundo afecto inicial, que se transformó en un muro de frialdad y resentimiento tras la ruptura de Féli con la Iglesia. A pesar de que Féli llegó a decir que no quería siquiera oír el nombre de su hermano, Juan María nunca dejó de intentar un acercamiento.

En marzo de 1840, aprovechando un viaje a París por asuntos oficiales, Juan María decidió buscar a su hermano. Subió cincuenta peldaños de una escalera oscura y miserable hasta llegar a la buhardilla de la calle Tronchet donde vivía Féli. Al llamar a la puerta y decir su nombre, Féli se negó a recibirlo. Antes de marcharse de la capital, Juan María le envió una nota asegurándole que, pasara lo que pasara, siempre sería su amigo más afectuoso y fiel, pero no recibió respuesta alguna.



En diciembre de 1847, Juan María sufrió una congestión cerebral en Guingamp. Al recuperar el conocimiento, lo primero que hizo fue escribir a Féli diciéndole que en lo que creía eran sus últimos momentos había pensado en él, deseando que ambos pudieran reunirse algún día en el cielo. Este mensaje conmovió a Féli, quien respondió con una carta afectuosa tras once años de silencio. Sin embargo, este intercambio fue breve y Féli pronto volvió a distanciarse.

En enero de 1854, Féli enfermó gravemente de pleuresía. Sus últimas disposiciones fueron radicales: pidió ser enterrado como los pobres, sin cruz ni ritos religiosos, y excluyó expresamente a Juan María de la lista de personas a quienes debía comunicarse su fallecimiento.

Durante esta agonía, se produjo una situación muy dolorosa:

- Un grupo de amigos de Féli, liderado por un tal Barbet, "filtraba" las visitas para impedir el acceso de sacerdotes o del propio Juan María. También estaba allí su sobrino Ángel, que había abandonado la Iglesia y cuidaba a su tío.
- Sólo a su sobrina, Agustina de Kertanguy, se le permitió entrar. En una conversación, ella le mencionó que Juan María estaba muy apenado; Féli pareció ablandarse un poco y aceptó que ella le diera un mensaje de su parte.
- Juan María decidió viajar a París a toda costa, a pesar de que los médicos se lo prohibían por su propia salud debilitada. Salió de Ploërmel y llegó a Rennes el 28 de febrero para tomar la diligencia.
- Mientras esperaba en Rennes, se le comunicó la noticia: Féli había muerto el día anterior, el 27 de febrero de 1854, sin haberse reconciliado oficialmente con la Iglesia.

Se dice que, en sus últimos momentos, Féli derramó una lágrima cuando se le anunció una visita del arzobispo de París, lo que Juan María y sus amigos interpretaron como un signo de esperanza.

Meses después, Juan María visitó la habitación de Féli en La Chesnaie y, al ver la ventana de su hermano, rompió en un grito de "¡Féli, Féli!" antes de caer desmayado por el dolor.

Este fue el mayor drama de su vida, el que más lo hizo sufrir.